

LA LUZ DEL PORVENIR.

Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos, y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2.º En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO.—¡Una casa sin alma!—No soy atea —Comunicacion.

¡UNA CASA SIN ALMA!

Muchos hombres habrá que al leer el epígrafe de este artículo se sonreirán irónicamente y dirán en son de burla: quisiéramos ver que forma tienen las almas de los edificios, á ver si son más tangibles que las que animan á los cuerpos humanos: pero por mucho que se rian, las casas tienen alma, porque reflejan el pensamiento dominante de sus dueños, y hablando metafóricamente se puede asegurar que una casa tiene alma, porque guarda el alma de la persona que la habita, es la fiel depositaria de todos sus deseos, de todas sus aspiraciones; es la amiga discreta que guarda todos sus secretos. El hombre miente en la calle, ó sea en las visitas, en los Congresos; en los Ateneos, en los teatros, en los paseos, en todos los lugares menos en su casa: en su hogar se presenta el hombre tal cual es, con todos sus defectos y debilidades, y hasta dice el adágio que no hay ningun hombre grande para su ayuda de cámara, y es la verdad, porque mintiendo siempre no se puede vivir; el hombre necesita algunas horas para sí, por eso en su casa el carácter más risueño se suele tornar sombrío, el más amable se convierte en adusto, el más dadivoso en avaro. el más tolerante en intransigente; hay un cuentecillo que pinta fielmente lo que decimos, dice así:

Pedro, ¿conoces á Juan
El fabricante de coches?
Ya lo creo: le conozco
Desde niño;—¿desde entonces?
¿Y has vivido con él?—No;
—Pues no creas que le conoces
Si no has comido su pan,
Si no has pasado la noche
Bajo su techo, te digo:
Que tú á Juan no le conoces.

Y así es; para nosotros las casas son las exactas fotografías de los individuos. Hay un refrán que dice: *el estilo es el hombre*; y nosotros añadimos que la casa es el hombre. Nos dirán que á veces las circunstancias obligan á las personas á vivir de cualquier modo; que el más amigo de la limpieza tiene que habitar en una casa súa, porque no tiene tiempo de dedicarse al arreglo de su morada; que el más generoso se ve obligado á parecer mezquino; convenimos en todo esto, pero en todas las situaciones de la vida siempre puede el hombre manifestar la tendencia de sus aspiraciones, y en prueba de ello referiremos lo que no hace muchos dias nos contó un amigo nuestro

hablando sobre este mismo asunto de que el hombre en todas las esferas puede demostrar su idea dominante.

El amigo á quien nos referimos tiene un gran talento, y de consiguiente es muy observador, y nos decia así:

—Jamás me ha gustado juzgar por las apariencias, nunca me he guiado para conocer á un individuo por su trato social, siempre he procurado ir á verle en su propia casa y en hora desusada, cuando no se acostumbra á hacer visitas, porque visita avisada ó presentida, es una continuacion del juego de cubiletes que todos hacemos en el mundo. Voy á confesarle una de mis debilidades, porque á ella va enlazada una prueba de lo que yo le digo que siempre podemos manifestar la idea que más nos domina.

Cuando yo era jóven me gustaba frecuentar los lupanares de buen tono; las mujeres perdidas, con sus ricas joyas, con sus galas, con su espléndida hermosura, con su trato jovial, con sus embriagadores perfumes me atraian de tal manera que mi madre estaba desesperada, porque me veia hundido en el lodo; quería que me casara con la noble mujer que hoy lleva mi nombre.

Sin decirme ni una palabra se fué con la que hoy es mi esposa, con mi buena Elisa, á la casa de mujeres galantes que yo más frecuentaba, cuya dueña, que era una mujer de muy buena sociedad, recibió á mi madre con la mayor consideracion; ésta le dijo qué iba á pedirle mi salvacion, y á explicarle lo que queria: que deseaba que me casara, que me creara familia y viviera de un modo digno y metódico, pero comprendiendo que mientras frecuentase ciertos lugares no podria hacer carrera de mí, le iba á pedir un consejo para conseguir mi vuelta al hogar paterno. Su interlocutora miró á mi madre fijamente y le dijo: Difícil es lo que V. me pide, por que su hijo se complace en el vicio; pero en fin, es amante de lo bello, y si le presentamos un cuadro de la vida real tal vez consigamos algo de lo que V. desea.

Dos dias despues de esta conversacion, segun luego supe, me suplicó mi madre que la acompañara á hacer una visita piadosa que mi prometida queria hacer. Me contrarió tal demanda, porque yo entonces iba de orgía en orgía, y se puede decir que no estaba en mi centro cuando tenia que guardar atenciones á personas de alta clase, pero no me atreví á negarme porque en medio de todo yo queria muchísimo á mi madre, y con ella y con mi buena Elisa fuí á un hospital, y al entrar en una sala de mujeres me salió al encuentro la dueña de la casa que yo más frecuentaba, y como si no conociera á mi madre se dirigió á mí diciéndome:

¡Ay amigo mio! cuantas antiguas conocidas vá á encontrar aqui; ¡qué triste fin! y cogiéndome del brazo con la mayor familiaridad me dijo:—¿Se acuerda de Dora, aquella mujer de ojos de fuego y de cabellos negros, que era la delicia de nuestras reuniones? mírela, allí está; le engañé cuando le dije que se habia ido á viajar, pero es que en el mundo del placer los enfermos estorban, y me condujo ante el lecho de aquella mujer infortunada cuyos ojos, que habian sido hermosísimos, estaban cubiertos con una venda muy súcia. ¡Qué diferencia! ella, que habia sido el modelo de la elegancia y del buen gusto, yacía en su lecho súcio, con las ropas en completo desorden. Mi madre y Elisa me seguian, y la última cogió la mano de Dora diciendo: ¡qué lástima! tan joven y tan bella! le dió algunas monedas y seguimos dando la vuelta á la sala, y á la mayor parte de aquellas desgraciadas las habia yo conocido llenas de vida y adornadas con elegancia. Todas me parecieron repugnantísimas, menos una pobre jóven que en su mesita, donde habia varias medicinas, tenia un vasito de porcelana lleno de agua y en él una rosa blanca que la enferma miraba embebecida. Entre tantas mujeres que habia conocido llenas de flores y de perfumes, solo una en un hospital y al borde de la tumba, conservaba su amor á lo bello; las demás nada dijeron á mi corazon: despojadas de sus galas eran seres vulgares y groseros.

Al salir del hospital miré á Elisa, y aunque nunca ha sido hermosa, ni se ha vestido con esa elegancia que seduce, en aquellos momentos me pareció hermosísima, encantadora; tuvimos una larga conversacion, y tres meses despues fué mi esposa; pero le confieso, que durante mucho tiempo recordé la pobre jóven de la rosa blanca. Entre tantas mujeres galantes como he conocido solo una tenia alma, solo una admiraba la naturaleza, las demás eran cadáveres engalanados, de las que se puede decir lo que dijo Eugenio Sellés hablando de una mujer:

Monton de carne podrida
Sobre un espíritu muerto.

El espíritu noble y elevado en todas las esferas de la vida da á conocer sus aspiraciones. Voy á contarle otro caso para convencerla.

Un dia que salí con Elisa fuimos á casa de una pobre costurera á llevarle trabajo, entramos en un cuartito pequeño y mientras mi esposa hablaba con ella y le explicaba lo que queria, yo miraba una mesa donde habia una escribanía cuyo tintero estaba seco, muchas plumas de acero oxidadas, varios periódicos, y algunos de estos se conocia que habian recortado algo de ellos. Seguí mirando y ví un rollito de papeles impresos atados con un hilo: deshice el rollo, impulsado por la curiosidad, y ví algunos sueltos, que hablaban de inventos notables, otros contenian buenos pensamientos y habia además la magnífica poesía de Grilo «Maria al pié de la Cruz;» al ver esto, dije en seguida: Esta mujer que cose para vivir, estaría mejor dirigiendo un periódico, y para convencerme la hice algunas preguntas, y ella me contestó sonriendo:

—Me ha gustado mucho emborronar papel.

—Ya se conoce.

—No será por el tintero, porque el pobre está bien seco.

—Es verdad, pero lo he conocido por el recorte de estos periódicos: y no me engañé, algunos años despues estando en un Ateneo de obreros que celebraban una velada literaria, ví subir á lá plataforma á una mujer enlutada que leyó una sentida poesía, y conocí en ella á la costurera que recortaba lo más notable de los periódicos y que hoy dirige varias Revistas.

Es indudable que el hombre imprime á su morada el sello de sus aficiones, y nuestro amigo tiene razon. Siempre hemos hecho un estudio particular sobre este asunto, no ahora que ya la reflexion nos ha hecho pensar, sino desde muy jóvenes. Recordamos que en nuestra adolescencia conocimos á una mujer llamada Cármen, que vivia en nuestra casa, en un cuartito del piso bajo, que por cierto á primera vista nos fué antipática: pero una tarde del mes de mayo nos dijo una vecina que Cármen se habia puesto mala, y entramos á verla. Parece que aun vemos aquel cuartito: su mueblaje era bien sencillo, una cama de bancos y tablas, seis sillas y una cómoda antiquísima; sobre ella habia una pequeña cruz de cobre adornada con un velito de encaje blanco; sirviendo de alfombra al crucifijo habia un pañuelo de hilo más blanco que la nieve, y sobre él muchas hojas de rosa. Al ver aquel sencillo altar, ya Cármen nos fué simpática; en aquella mujer, al parecer tan ruda, habia poesía. Los tomos del Año cristiano completaban el cuadro; y desde aquel dia tratamos con más intimidad á Cármen, encontrando la fotografía de su sentimiento en su culto á la Cruz. Era tan pobre que no podia comprar flores; pero recogía las rosas que tiraban las vecinas, las deshojaba y con ellas ofrecia un homenaje á la cruz. Los domingos por la tarde los pasaba leyendo el Año cristiano; para ella no habia más mundo que la vida de los santos y las flores, demostrando su aficion con la ofrenda de hojas que hacia al símbolo de la redencion.

Siguiendo nuestra costumbre, siempre que visitamos alguna casa notable á cuyos dueños no tratamos, y si es menester no conocemos, leemos en los muebles y en el arreglo de las habitaciones los pensamientos de su dueño.

Como en la época presente se lee tanto en una casa, donde no vemos ni libros ni periódicos nos parece que falta toda la vida, y decimos con tristeza ¡este es un cuerpo sin alma!

No podemos comprender como personas cultas, que están bien educadas, puedan vivir sin leer, sin estar en íntima relación con la prensa, que, como dice Castelar, y dice muy bien, «La prensa es un libro eterno, cuyas hojas van escribiendo diariamente los más escogidos cerebros en todos los pueblos. Regístranse en él nuestras esperanzas, nuestras creencias, nuestros conocimientos y todas nuestras múltiples aspiraciones bajo todas sus formas; y en sus páginas se hacen constar los crímenes y las abnegaciones, los cálculos más precisos y las más vagas idealidades, las maravillosas creaciones del arte y todos los juicios formulados por la conciencia de todos los pueblos. La prensa es, por decirlo así la manifestación real y moral del pensamiento y del cerebro del mundo.»

«En ese campamento que la imprenta tiene estendido sobre toda la faz de la Tierra, se libran diariamente las más grandes batallas de las ideas y los más encarnizados combates del pensamiento; pero esa lucha incesante, variada, creciente y eterna, es la más santa de todas las luchas, porque ella proporciona al humano progreso una victoria de todos los instantes, y por ese triunfo continuo, el alba sonríe siempre en los horizontes de la humanidad.»

«El hombre se apresura, y proclamando el invento de Guttemberg, como el más útil de todos los inventos, puede hoy pensar con el cerebro de todos los hombres, sentir con el corazón de todos los pueblos y vivir dilatado su vida con la vida entera de la humanidad.»

Parece mentira que pudiendo vivir con la vida universal, haya hombres educados que se contenten con pasar las horas de su existencia sin fijar en un libro sus ojos.

Visitamos últimamente una quinta donde el alma se inspira contemplando las montañas que, como una fortificación de los siglos, rodean á la fábrica Cataluña.

Preciosos jardines á la inglesa con sus glorietas y cenadores, con sus lagos, con sus colinas en miniatura, ofrecen grato esparcimiento al paseante; la casa, sencilla pero de muy buen gusto, tiene un terrado espacioso en el cual el hombre más descreído tiene que pensar en Dios, porque el paisaje que se contempla es admirabilísimo. Todas las descripciones que se hacen de los campos, las encontramos pálidas, faltas de vida. Es necesario ver las montañas que cual púdicas desposadas ó castas novicias, se envuelven en su velo de bruma y se coronan con los últimos resplandores del sol poniente. Hace falta ver el cielo con sus caprichosos celages, y los viñedos con su manto de esmeralda, y los árboles diseminados por la llanura como los mundos por el espacio; es indispensable aspirar esa brisa perfumada que se respira lejos de las grandes ciudades, y sentir ese inesplicable bienestar que proporciona la contemplación de la naturaleza en la hora del crepúsculo vespertino.

Es preciso vivir para fotografiar en nuestros cantos la verdadera vida. El campo convida á la meditación, al reposo; y cuando el espíritu está en calma es cuando necesita leer, es cuando debe ponerse en relación con esos grandes pensadores que son las antorchas de que se vale el progreso para difundir su imperecedera luz.

Nosotros recorrimos la serie de habitaciones que componen aquella morada agradabilísima, y en todas observamos sencillez y buen gusto. Entramos en un pequeño gabinete destinado para oratorio, donde hay un altar protegido por largos cortinajes púrpúreos. Los dormitorios son bellísimos, con las camas de hierro pintadas de blanco con preciosos adornos dorados, cubiertas con una colcha blanca como la nieve, y resguardadas por flotantes colgaduras que disputan su blancura al armiño. Como nos gusta tanto lo bello, una casa bien amueblada nos encanta: así es que pasamos un rato delicioso en aquella agradable morada, y sin embargo, en medio de nuestra complacencia

decíamos interiormente:—Aquí falta algo, ¿qué será? nuestra mente ofuscada no podía darse cuenta de lo que allí faltaba, sin duda por que atendíamos y hablábamos con las varias señoras que nos acompañaban. Por último entramos en un saloncito, en medio del cual había una mesita cubierta por un lindo tapete y sobre ella una carpeta, muy bella por cierto, y un tintero de viaje. La dueña de la casa al vernos mirar aquellos objetos con marcada atención, nos dijo:—Esta carpeta y este tintero lo tengo aquí por si se me ofrece hacer alguna cuenta. Nada la contestamos por que hablábamos interiormente diciéndonos:—Ah! ya sabemos lo que aquí falta: faltan libros, faltan periódicos, falta el espíritu de la civilización actual, esta casa no tiene alma, sus dueños no viven en la esfera del adelanto moderno; tienen un oratorio con imágenes de barro para adorar á Dios, pero falta una biblioteca que es el santuario de los sacerdotes de la ciencia.

¡Qué lástima! tan bien situada como está esta casa para entregarse á la contemplación de la naturaleza! tanto como aquí puede sentir el espíritu, y sin embargo, nada sienten los dueños de esta morada. Viven rutinariamente, se rodean de lujo por costumbre.

¡Cuántos misterios guarda la vida, que solo el espíritu puede darles explicación satisfactoria! Los soñadores, los poetas, los adoradores de la naturaleza, suelen vivir en tugurios rodeados de todas las privaciones de la vida; y las almas vulgares, las que no dan un paso en el camino del progreso intelectual, las que nada sienten ante la civilización que avanza, esas tienen palacios y vergetes y cuanto puede soñar el deseo.

Para los que sentimos, para los que anhelamos otra época mejor, visitar esas casas sin alma nos entristece; ver tantas riquezas mal empleadas nos angustia; ver ese rutinismo de los cultos religiosos que tanto detiene el progreso de la mujer, porque la estaciona, porque la embrutece, puesto que la hace mirar con indiferencia la instrucción que es la sávia de la vida, ver tanto atraso nos causa honda pena.

Ay! en esas casas sin alma habitan esas familias que solo viven para sí, que su amor no traspasa los umbrales de su puerta, que se proporcionan todos sus goces sin apurarse ni desvelarse por las penas de los demás.

La persona aficionada á leer educa su sentimiento, se relaciona con la humanidad aprende á sentir y se enseña á querer; esas casas sin alma nos parecen las tumbas de los vivos; una casa sin libros es una fuente sin agua, es un hogar sin fuego.

¡Libros queridos! volúmenes que guardais la esencia purísima del talento! donde vosotros no teneis cabida sentimos frio.

El palacio más bello, la mansion más fastuosa nos parece pobre y mezquina si le falta la esencia de la ciencia condensada en buenos volúmenes.

Cuando entramos en una casa, por humilde que sea, si vemos un pequeño armarito y en él colocados unos cuantos libros, exclamamos llenos de gozo: esta casa no está muerta! esta casa tiene alma!

AMALIA DOMINGO Y SOLEB.

NO SOY ATEA

Ellos, los sacerdotes del error, los que viven á costa de la debilidad y de la ignorancia; los que con soberbia pretensión definen al Sér Supremo y con incomprendible cinismo indignamente le explotan, son los que injurian con mil dicterios á los que, libres de rancias preocupaciones se lanzan, agitados por el soplo divino de la verdad, á las brillantes esferas donde el pensamiento, arrojando léjos el er-

ror, busca incesantemente lo grande y verdadero. Y esta propaganda contra la verdad y el libre exámen, iniciada en los templos convertidos en clubs, donde se propagan doctrinas contrarias á la fraternidad universal, no solamente es seguida por aquellas personas cuya ciega credulidad es sólo comparable á su ignorancia supina y que profesan esa fé ciega y embrutecedora necesaria á todo católico para que su alma retenida así en entenebrecidos abismos, no pueda adquirir aquella otra fé pura y racional que prueba la energía de nuestra alma, sino tambien por aquellas otras que, sin explotar la ignorancia ni abmitir en el fondo de su conciencia los dogmas impuestos por el catolicismo, afirman, sin embargo, que para guiar á las masas y educar á la infancia es necesario conservar las creencias religiosas de nuestros antepasados, ocultando los gérmenes de regeneradoras doctrinas con la hipócrita máscara de un heredado error.

Tambien mi débil personalidad es el blanco de sus iras, desde que manifesté públicamente que profeso las civilizadoras y santas doctrinas del libre-pensamiento; desde entonces soy designada con denigrantes epítetos. Todos los desprecio, más quiero recoger uno: el de atea. Sí; me llaman atea ¿Y por qué? Porque no creo en su Dios. ¿Más cómo queréis, desgraciados, que una alma, enamorada de la Verdad, entusiasta de la Belleza y admiradora del Bien, adore á un Dios que habéis forjado en el paroxismo de la soberbia?

¿No decís vosotros, no sostiene vuestro infalible papa, no dice ese libro que pretendéis hacer pasar por divino, que el Sér Supremo, compuesto de una triple personalidad, estuvo desde *ab initio* en una completa inacción, absorto en la contemplación de sus perfecciones hasta que hace seis mil años creó el mundo que admiramos para manifestar su poder y su grandeza? ¿No afirmáis que hizo el centro del Universo de este pequeñísimo planeta, que no ha bastado á la ambición de los conquistadores? Borrard de ese libro, fundamento de vuestra religión, todos los errores científicos que contiene. ¡No afirméis que vuestro Dios dice por boca del Espíritu Santo, que las estrellas son meros adornos, que se encuentran pegadas en cristalina y mezquina bóveda la cual divide *las aguas de arriba de las de abajo*, separadas desde el segundo día de la Creación y que allí en la cúpula, de pues de seis días de trabajo, se encuentra la Divinidad rodeada de sus escogidos! ¡No aseguréis que conmovido por las súplicas altera el orden y las leyes de la Naturaleza! No digáis que arroja á los que no obedecen vuestra Iglesia á un infierno cruel, donde les hace sufrir indecibles tormentos, por toda una eternidad, oyendo impasible sus lamentos sin compadecerse jamás! No repitáis que vuestro Dios considera meritorio que el hombre se desgarré las carnes con crueles cilicios, y laudable que se abstenga de comer teniendo hambre; que le es agradable que el hombre se pase la vida en la contemplación y en la soledad; que considera bueno el exterminio de los que no observan vuestra doctrina! No indiquéis que las calamidades que afligen á la humanidad son manifestaciones de su ira ó su venganza. No insinueis siquiera que veía con complacencia correr la sangre y triturar los huesos en los suplicios horribles é inhumanos de la feroz Inquisición. No exciteis á que le adoren diciendo que le agrada, como á los soberanos de la tierra, verse adorado y reverenciado en suntuosos templos, y que con dádivas y súplicas se conmueve; que sólo es virtuoso el que en el templo le adora! No repitais que el hombre para agradar á Dios ha de anular su razón, ahogar en su cerebro la idea analizadora y encauzar su pensamiento en vuestro modo de pensar!

Callad, callad todo eso, vosotros los que injuriais á la divinidad suponiéndola sentimientos tan bajos y groseros. ¡Enmudeced, calumniadores del Gran Sér, que le suponeis capaz de las agitaciones de la venganza y de la soberbia; que cual hom-

bre vulgar ama y aborrece, castiga y acaricia alternativamente! ¡Callad, no sigais afirmando tal cúmulo de errores y mentiras! Callad, hombres temerarios, que en el colmo de la demencia habeis revestido al Hacedor Supremo, de vuestros sentimientos é inclinaciones, á la vez que le suponeis, ¡insensatos! encerrado en un pedazo de materia deleznable!

Sin cuidaros de estudiar las sublimes armonías de la Creación, habeis pretendido conocer al Supremo Creador, que es incognoscible: sin examinar los efectos, habeis querido definir la causa, que es indefinible: y como sucede á los sectarios de toda religión positiva, os habeis forjado un mito á semejanza del hombre con todas sus imperfecciones, y á este sér, producto de vuestro delirio le habeis confirmado con el venerado nombre de Dios; queriendo imponerlo á los demás mortales, sopena de incurrir en el ateísmo, en la carencia de virtud, todo el que no lo admita tal como lo habeis imaginado.

Podeis seguir sustentando el error, que hasta aquí habeis venido propalando, si no quereis abrir los ojos á la luz de la razon; pero no nos señaleis como ateos, porque vosotros sois los que inurrís en execrable ateísmo al acumular en el Creador esa mezcla de mezquindad y grandeza, de bien y de mal al suponerle déspota y tirano, al hacerlo, en fin á vuestra imágen y semejanza.

En mi alma está profundamente arraigada la idea de un Sér misterioso, de una Causa de las causas, de un Poder Superior, de una Inteligencia Organizadora, que se me representa revestida de los caracteres de Bondad, Amor, Infinitud, Perfección y Grandeza; Fuerza Universal que concibo, sí; pero que no puedo comprender ni definir, pues el alma al querer comprender problema tan impenetrable y procurar elevarse hasta el infinito, retrocede confundida ante la inmensidad y grandeza que adivina en esa Suprema inteligencia.

Sin embargo, un espíritu atento y observador no puede menos de sentir su presencia y encontrar misteriosas vías que llevan el alma hasta esa Causa incognoscible. En la silenciosa noche, en esos momentos de grata contemplación, al dirigir los ojos á la brillante bóveda se lee allí su nombre grabado con caracteres de fuego en la inmensidad: esos gigantescos focos de vida universal que se mecen, regidos por las fuerzas primordiales de la Naturaleza, en los senos del Infinito, dicen su nombre y hablan de su grandeza.

Al aparecer por el rosado oriente el radiante astro, cuando la vida y el movimiento se manifiestan de una manera más sensible en la creación: cuando las flores convertidas en vasos de riquísima pedrería levantan su perfumada corola buscando con avidéz la luz del sol; cuando ésta desciende de los cielos y juguetea amorosa entre sus pétalos dándoles los más hermosos y variados matices; al escuchar el canto de la madrugadora alondra y la armoniosa charla del ruiseñor que se unen á los mil cadenciosos sonidos que la naturaleza produce, allí tambien se percibe la presencia del Gran Todo: creo sentirla en los velos purpurinos que ciñen la frente de la aurora, en las fulguraciones de las líquidas perlas que ostentan las flores; en el rayo de purpurina luz que alegra el mundo con sus colores; en el cadencioso canto de los moradores del aire; en el movimiento incesante de los átomos, que impulsados por las leyes del amor, se unen formando imponentes masas.

Y al declinar de la tarde, cuando el refulgente sol se hunde lentamente en nubes de topacio, al considerar las maravillosas leyes que rigen al esplendente universo, sus rítmicos movimientos, la transformación constante que se verifica en el vasto laboratorio del Cosmos, absorta ante el grandioso espectáculo de la vida universal, que irradia en la superficie del planeta, penetrada de la armonía que llena el mundo con sus acordes, del Amor y de la Belleza que reflejan la Inteligencia Ordenadora que rige el Universo, rendida de admiración por la contemplación de la Gran Obra, me siento subyugada por la necesidad imperiosa é irresistible de reconocer una Causa, una Inteligencia, un Poder, todo amor y verdad a quien llamo Dios.

Si quiero prestarle adoración, no voy á encerrarme en oscuro templo, para formular rutinarias palabras ante una imágen de metal ó barro, en la que el hombre cree haber encerrado la Divinidad.

Yo, en medio de la Naturaleza, en el esplendente templo del Universo, teniendo por bóveda la brillante del espacio inundado de la immaculada luz que irradiá de los cielos; teniendo por lámpara la magnífica y brillante del sol: por adorno las variadas flores; por incienso los perfumes de las plantas y de las flores que se elevan hasta el cielo en holocausto; acariciada de la suave y ligera brisa que susurra en el follaje ajitando las plantas y uniendo á toda la naturaleza en universal abrazo; halagados los oídos por el admirable y eterno concierto de la creación; creyendo sentir en cada átomo y en cada movimiento el hálito del Creador; confundida por tanta grandeza, siento escaparse de mí algo á manera de un himno que sube á los labios pero, que encontrando mezquino el lenguaje humano, no puedo formularlo, y extática y muda adoro, contemplando en el espejo del Universo la imágen de Dios, en el que no puede pensarse mucho tiempo sin que la razon se extravie y el alma se confunda ¡Tanta es la inmensidad de esa Causa incomprensible!

Hé aquí por qué, al comparar la grandeza del Supremo Autor con los mezquinos ídolos que se adoran en los templos católicos, no he podido menos de abandonar las ridículas prácticas religiosas, con las que creo ofendeis á la Divinidad, y procurar realizar el Bien, obedeciendo á misteriosos mandatos que siento allá en las profundidades de mi conciencia.

DOLORS NAVAS.

Córdoba, Julio, 1886.

COMUNICACION.

¿Por qué teméis tanto á la llamada entre vosotras muerte, humanidades encarnadas en ese mundo á que nombrais tierra? Por que sentís á la idea de perder la vida material un terror tan espantoso que hace que algunos pierdan la razon á la presencia de esa muerte que no es otra cosa que el desenlace natural de una de las fases de vuestras múltiples existencias?

Temíais pobres hermanos y con razon, por que no teníais nociones de lo que se ocultaba tras de ese velo que suponíais impenetrable que oculta vuestros destinos despues de que el espíritu abandona vuestra ruín y deleznable materia. Razon teníais al horripilaros, cuando todo lo ignorábais en asunto de tal cuantía cual es el de la salvacion eterna, ó eterna condenacion de que tanto os hablaban la ignorancia y la supersticion.

Pero sabed que cuando el espiritismo haya enseñado á todos que el destino que nos reserva nuestra vida de ultratumba, es el que nosotros nos hayamos creado con nuestras obras, todo cambiará de aspecto, pues cambiará vuestra manera de pensar de sentir y por consiguiente de obrar; entonces sereis caritativos sin distinguir en quien ejerciteis vuestra caridad, humildes, pacientes y justos, y os será halagüena la idea de morir pues sabreis que marchareis no á otra cosa que á cosechar el fruto de vuestra buenas obras.

Cuando tengais todos en ese mundo plena conviccion de que la muerte no es la conclusion de todo, sino el desenlace y la renovacion natural del organismo, cuando sepais que no habeis concluido de sér, sino que por el contrario empieza vuestra verdadera vida que es la de espíritu libre, no os espantará por cierto el morir y cada vez os espantará menos, porque cada vez ireis practicando con más perfeccion las doctrinas de amor y caridad que os enseñan vuestros hermanos en espíritu y adquirireis la certidumbre de que Dios en su justicia os ha de colocar en el altar de vuestros propios merecimientos.—Adios.

Médium CLOTILDE.